

La cuestión nacional en España

Luis Antonio Marcos

Secretario de Formación de Tierra Comuna Partido Nacionalista Castellano.

Estos años de final de siglo se están convirtiendo en momentos de profunda incertidumbre para quienes hemos asumido los valores constitucionales de la izquierda, para quienes trabajamos por construir una sociedad donde los principios de libertad, igualdad y fraternidad se materialicen de forma cotidiana. La recuperación de alternativas programadas en los momentos actuales exige, además de firmeza, un mayor grado de compromiso personal, así como una profunda interiorización de los contenidos teóricos y de las prácticas materiales por la izquierda obrera.

Uno de los frentes donde la creación intelectual progresista se ha mostrado más dinámica, libre y creativa, especialmente en España, es el de la cuestión nacional. Una vez superada la etapa de mayor crisis, la izquierda española, con escasa y limitada excepción, ha presentado un mayor grado de cohesión y espíritu nuevo con los niveles flamencos y un nivel mayor interés o un universalismo europeo y humanista, así cuando no ha hecho gala de la abstracción constructiva.

Valores tan importantes como los temas de identidad de los pueblos del actual Estado español se han desquiciado con referencia a la premaximista reafirmación de identidad con un determinismo colectivo nacional, o con fuertes llamamientos a los intereses que

nos tienen patria, todo ello asociado con una situación económica que permita a la izquierda española crecer mejor y valorar más la especificidad cultural de los hechos nacionales que la del pasado reciente, por ejemplo.

Para la realidad es verdad. Modelos programáticos socialistas han sido hechos por el viento de la historia, dejando a más de uno un frustrante que no ha dudado en adoptar como modelo al capitalismo más salvaje y liberal. Quiénes consideramos que esos momentos que nos toca hoy vivir son apasionantes y necesarios para la construcción de nuevas formaciones progresistas, debemos reflexionar seriamente ante el significado del hecho nacional, sobre todo en una situación histórica en que los fundamentos de internacionalización son directamente contrarios por los centros más concretos del poder mundial.

En las áreas que siguen pretendiendo defender la tesis de que la izquierda del Estado español debe aceptar claramente el carácter plurinacional de España, por un lado, y, por otro, que deben ser estas mismas formaciones progresistas las que abandonen el programa de defensa de la identidad nacional de las distintas nacionalidades del Estado como instrumento de movilización social y de reconstrucción del tejido participativo de la ciudadanía.

La realidad plurinacional del Estado español

Como dice el poeta, la verdad nunca es triste, lo que no tiene es remedio. La izquierda española, hoy desarticulada, pero con dignidad y coherencia, debería reasumirse la existencia de las distintas realidades nacionales del Estado, sería como sija natural e incluso útil a la hora de construir modelos de liberación social en ese territorio. Podemos discutir sobre la realidad del Estado español, diciendo si se genera heterogeneidad o produce base diferenciadora o simplemente ésta; pero parece evidente la génesis alternativa de las naciones más heterogéneas de nuestro país. La autodiferenciación con una identidad cultural, lingüística, social o geográfica gallega, vasca, catalana o castellana diferenciada es, al menos, así como previa al reconocimiento de lo español.

Hasta la Edad Moderna existían en la península ibérica pueblos distintos, aunque con formulaciones distintas no se adherían al principio del Estado-nación. Durante los siglos XVIII y XIX no se mezclaba con armonía, limitándose las divisiones religiosas a instrumentalizar los recursos materiales y humanos de las nacionalidades que se encontraban bajo su soberanía. A tal punto, el punto de inflexión surge en el siglo XIX, cuando el liberalismo burgués,

los anhelos de la uniformización de la enseñanza y la implantación de la educación industrial empiezan a crear un contrabando real que se acerca al nacionalismo del racionalismo español y que pervive a los conflictos nacionales que han caracterizado nuestra historia más reciente.

El nacionalismo español del XIX, que en buena medida inspiró a algunas de las peculiaridades nacionales de Castilla —como la lengua— para imponer un criterio unificador, encontró en las entidades más raras y accidentadas la correspondiente respuesta del castellanismo. Del mismo modo, donde posiciones más progresistas se articularon un republicanismo federal como alternativa al centralismo, sólo a fines del XIX, cuando la reconstrucción borbónica dejó claro el tirando de un tipo de Estado unificado y machista, surge el movimiento regionalista como instrumento de defensa de una identidad cultural, económica y social relativamente desconocida. Así surge el nacionalismo vasco de Sabino Arana, profundamente religioso y anticlerical; el regionalismo catalán, vinculado a la burguesía empresarial y a sus intereses económicos; el nacionalismo gallego, cultural y de escasa influencia política; los regionalismos castellano y aragonés, de innegable carácter regresionalista; o los movimientos de autodeterminación vascos y catalanes que, a partir de una raíz insurreccionalista castellana, desarrollan su propia identidad nacional.

El siglo XX ha sido herencia directa de lo ocurrido en el XIX. El nacionalismo español halló en sus ideas representativas en el fascismo y en el franquismo, con su esperanza de Imperio y con su férrea represión de todo lo que significara liberación personal, social o nacional. Los nacionalismos

territoriales crecieron de forma muy importante durante los años treinta, siguiendo las primeras formaciones de izquierda española como nacionalistas, como la Euzkera Republicana de Cataluña o el Partido Gallegista, aunque la misma ideología en la izquierda española fue, además de su escaso desarrollo intelectual, su profunda refractariedad a todo lo que touche a identidad nacional.

El hecho nacional en la España actual

Después de quince años de restauración democrática en nuestro país, puede observarse una clara evolución en las soluciones propuestas al problema de las nacionalidades, que se concretan en el Estado de las Autonomías, emanado de la Constitución de 1978 y de los diversos Estatutos de Autonomía promulgados.

Se aprecia claramente un nuevo progreso de las ideas nacionalistas, que siguen por una fórmula más teórica y organizativa en la práctica realidad de los territorios del Estado. Cuatro Comunidades Autónomas dispuestas de gobiernos nacionalistas; se constata un incremento continuo del tipo de formaciones regionalistas, que gozan de una fuerza considerable en Aragón, Andalucía, Baleares, Canarias, Cataluña, Galicia, Navarra, País Vasco y Valencia.

Se percibe una clara modificación del actual modelo autonómico. Los nacionalismos vascos y catalanes se demuestran desmarcándose ante una situación que no plasma lo que ellos consideran un hecho diferencial claro, mientras que los representantes de otros territorios se ven agraviados y discriminados frente a los gobiernos del PNV y UDI. Además, el desarrollo de los movimientos los abta, en parte, un feroz centralismo, al incrementar considerablemente el gasto públi-

co, creando duplicidades en las administraciones y un funcionamiento poco racional de la solidaridad interregional; cifras bicelulares que salen de unas comunidades u otras no se respaldan en gastos demeritados, sino en mantener una centralización excesiva.

Los partidos vascos de la izquierda, pasando la rubrica inicial de la transición, cuando se presenta tal vez como defensores de todo derecho de autodeterminación, viven una crisis permanente. Su agenda centralista les impide atender el hecho nacional, y no son capaces de firmar el proceso de regionalización de sus organizaciones territoriales más allá de lo de responder adecuadamente al crecimiento de una izquierda nacionalista que tiene más de movimiento social activo, combativo y movilizador (IRMA, ERC, ICAN, ...) que de partido clásico, algo imposible de aceptar por las ideologías centradas del PSOE o UCI.

El nuevo campo político europeo —aún por definir en su plenitud— y la profunda reorganización ética española de la reconstrucción mundial están dando el golpe de gracia a las organizaciones tradicionales de la izquierda española, que tampoco han sido capaces de avanzar adecuadamente los nuevos mensajes de la solidaridad internacional, la ecología, el feminismo o el pacifismo con un reconocimiento digno de la honestidad en la vida pública. Frente a ellas surge la esperanza de nuevas respuestas organizativas que aseguren la pluralidad nacional del Estado, que funcionen y modifiquen a aquellos sectores ciudadanos que desean participar en la construcción de nuevos modelos económicos, políticos, culturales y sociales, donde los mecanismos de poder estén en manos del pueblo y las estructuras permitan la plena realización de las personas. ■